



© Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

LA MALARIA:

# UN RETO GLOBAL COMO LA PANDEMIA O EL CAMBIO CLIMÁTICO

*Artículo preparado por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), administrador de la Iniciativa Regional de Eliminación de la Malaria en Mesoamérica y República Dominicana (IREM).*

Iranelda vive en la comarca indígena de Guna Yala, en Panamá. Tiene 23 años y es de la etnia Guna. La comarca es una franja estrecha de tierra que se extiende por la costa este del Caribe panameño, bordeando la provincia de Darién y Colombia, con un hermoso archipiélago de centenares de islas de las que

solo 36 están habitadas. Es un paraíso natural. Iranelda es parte de la menguante población Guna que lo habita, y que hoy tiene unos 30,000 miembros que viven arraigados en sus costumbres, en zonas de difícil acceso. En los últimos años, los Guna han visto mejorada su calidad de vida por los avances en las comunicaciones,

los servicios de salud y el turismo, pero la pandemia de la COVID-19, la malaria y el cambio climático están haciendo retroceder los avances conseguidos.

Los retos que hoy enfrenta Iranelda y su comunidad no son exclusivos de los Guna. Son retos mundiales que América Latina enfrenta colectivamente y que en la Región Mesoamericana golpean especialmente a comunidades vulnerables que habitan zonas transnacionales, convirtiendo las soluciones en un reto colectivo para gobiernos, organismos multilaterales y el sector privado.

El nuevo coronavirus que ha provocado esta pandemia global no entiende de fronteras, y allí donde ha llegado ha sesgado vidas, ha puesto a prueba los vulnerables sistemas de salud nacionales, ha alterado la medicina preventiva, ha cerrado economías y ha forzado a los gobiernos a desarrollar planes de vacunación que lleguen a todos los rincones de sus geografías nacionales. Sin movilidad y sin salud para todos, las econo-

mías no pueden recuperarse ni ofrecer medios de subsistencia a sus ciudadanos, y las comunidades más alejadas, más remotas, más pobres son las que sufren más las consecuencias.

La pandemia ha llegado cuando los esfuerzos por terminar con otra enfermedad endémica, la malaria, estaban en un momento esperanzador. Mesoamérica ha logrado avances significativos en los últimos años en la lucha por su eliminación. El Salvador, por ejemplo, ya ha sido certificado como libre de transmisión de malaria, y Belize está a punto de conseguirlo. Pero en otras zonas la batalla todavía se libra. En áreas fronterizas entre Nicaragua y Honduras continúan reportándose casos. También en Guatemala, Costa Rica y Nicaragua. En estos y otros países de la región persisten estas áreas endémicas donde la enfermedad afecta a grupos vulnerables que incluyen niños, mujeres embarazadas y jóvenes –como Iranelda– cuyo aporte a la comunidad es muy importante.



En este contexto, los efectos del cambio climático se presentan como un freno para las complejas pero posibles soluciones. Los expertos calculan que a partir de 2030, si no hacemos nada para revertir o mitigar el cambio climático, se producirán 250,000 muertes adicionales cada año por enfermedades derivadas de sequías, olas de calor y clima extremo que incluye, entre otras, la desnutrición, la malaria y el estrés térmico. En el caso de la malaria, la proyección estima que en tres décadas afectará a 50 millones de personas en América Latina y el Caribe, duplicando su incidencia actual.

Esto, sin mencionar las consecuencias extremas como la formación más frecuente de huracanes, el incremento del nivel del mar –que literalmente puede anegar comunidades enteras como la de los Guna, donde vive Iranelda– o la erosión o destrucción de infraestructuras de comunicación que interrumpirá los sistemas logísticos de alimentos, medicamentos, productos básicos o equipos críticos para la atención sanitaria.

La COVID-19, la malaria y el cambio climático son grandes retos cuyas soluciones sólo pueden alcanzarse con una coordinación dentro y entre los gobiernos, y de manera conjunta con organismos multilaterales y el sector privado. Ningún esfuerzo sobra, todos son necesarios.

Los diferentes esfuerzos mundiales para el acceso equitativo a las vacunas contra la COVID-19 son un ejemplo de la importante coordinación global en la lucha contra la pandemia. El Acuerdo de París de 2015 es otro, que aunó los esfuerzos del mundo para la mitigación, la adaptación y la financiación del cambio climático.

¿Y la malaria? En esta región de América Latina también se ha conseguido unir los compromisos de países y socios regionales y locales para enfrentarla conjuntamente en la llamada Iniciativa para la Eliminación de la Malaria en Mesoamérica (IREM).

En la IREM están ya trabajando conjuntamente los países de Centroamérica, Colombia y República Dominicana, junto con el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), responsable de administrar un fondo fiduciario de múltiples donantes. La IREM cuenta con un Comité Estratégico de asistencia técnica y operativa a los paí-

ses, y está integrado por expertos del BID, la Organización Panamericana de la Salud (OPS), el Consejo de Ministros de Salud de Centroamérica (COMISCA), el Proyecto Mesoamérica y la Clinton Health Access Initiative (CHAI); y tiene como cooperantes y patrocinadores a la Fundación Bill & Melinda Gates, la Fundación Carlos Slim, y el Fondo Mundial de Lucha contra el SIDA, la Tuberculosis y la Malaria.

Desde su lanzamiento, la IREM se ha presentado con un innovador modelo de abordaje regional para acelerar el logro de la eliminación. Uno de los elementos fundamentales de este proyecto internacional es que sus operaciones se diseñan con un modelo de financiamiento basado en resultados. Este modelo combina tres tipos de recursos: un tramo de inversión, financiado con recursos del fondo fiduciario; uno de recursos locales aportados por los países; y un tramo de desempeño, que es un incentivo que se ganan los países si logran las metas previamente establecidas.

La IREM y su innovador modelo de trabajo, con múltiples socios, con aprendizajes y mejora continua, está atrayendo la atención de muchos actores internacionales. Los primeros resultados muestran que la mayoría de los países podrían llegar a cero casos de malaria a 2025.

El reto principal hoy es cómo conseguir que los objetivos marcados sean sostenibles en el tiempo, y para ello es necesario enfrentar muchos desafíos que afectan tanto a las comunidades como a los gobiernos y la región en su conjunto. Esto incluye, por ejemplo, revisiones de políticas sanitarias y financieras, o el diseño de operaciones y actividades para que siempre tengan la mirada del medio y largo plazo pensando en la sostenibilidad futura.

Iranelda puede ser ajena a estos esfuerzos, pero el éxito de la IREM sería una garantía para que su vida, como la de miles de latinoamericanos en esta región del continente, sea mejor, con salud, sin COVID-19, sin malaria y con un entorno natural que ha sido el medio de subsistencia de sus antepasados y debe seguir siéndolo para las generaciones venideras.